

Marcel Jaentschke

Sobre *Rubén Darío, un cisne entre gavilanes* de Erick Blandón Guevara

University of Missouri, Columbia, EE.UU.

mjgtr@mail.missouri.edu

Imaginemos por un momento la Nicaragua en que Félix García Sarmiento –antes de ser Rubén Darío– se supo poeta. Detengámonos a pensar, a hilar las hebras de ese violentísimo pasado al que solemos volver con las manos atadas por la sordidez. Enfrentémonos a los corrosivos detalles de ese cuadro costumbrista que se ha impuesto en nuestra adulterada forma de hacer memoria. Sendos pastizales. Sí, verdes y relucientes. A lo lejos, la osamenta de un buey agujereada por el polvo y donde hubo un bosque se extiende un potrero, dándole la mano a la civilización y a su ímpetu arrasador. La gran hacienda coronándose en una economía de escasas reses, anclada a la estela colonial con disposición y disciplina. Y la temporalidad de esos enajenantes campos baldíos ... Me quedo sin palabras. Descampados vigilados por el yugo de los terratenientes, cuyas tierras bordean a las dos ciudades coloniales, donde devotos confesos se agrupan, decantándose por el pretérito y por la cruz. Lo que los críticos de arte llaman un buen cuadro de costumbres. Un paisaje sobrio al que, sin temor a la inverosimilitud, regresan los blancos guardianes de nuestra tradición una vez que cumplieron con sus deberes históricos; como alguien que después de un viaje atroz se permite regresar a un cálido útero. Rebosante líquido amniótico que enfrasca las comedidas lecturas de la ciudad letrada en un país de analfabetas y verdugo.

Este cuadro de costumbres no resultaría tan problemático si estuviéramos tratando con cualquier otro autor que se haya visto en la penosa necesidad de empuñar una pluma durante el período conocido como los Treinta años conservadores (1858-1893) en Nicaragua; sin embargo, al tratarse de Félix García Sarmiento –quien al saberse Rubén Darío replanteará los márgenes desde los que se entiende el oficio literario– resulta nocivo. La perpetuación de este

paisaje, empleado como una forma de domesticar la memoria a expensas de la identidad nacional, no solo nos ha heredado una *menzogna* de historia que deliberadamente exime los episodios sangrientos perpetuados en nombre de la civilización, sino que también ha permitido que emerjan discursos que desde el atrofiado prisma colonial han silenciado la impronta transgresora de la obra dariana. Un paisaje en apariencia sensato que, solo al detenernos a observar con atención los detalles de su composición, nos comunica las evidentes heridas que la transición a la modernidad ha dejado en el frágil proyecto de nación nicaragüense. Considero que el reconocimiento de estas heridas es lo que ha motivado a Blandón Guevara en su libro *Rubén Darío, un cisne entre gavilanes* (2016).

Leonel Delgado Aburto, quien estuvo a cargo del prólogo, señala que

esta obra ensaya precisamente sobre ese engarce doblemente crítico de ideología y discurso nacional, de provincianismo frente a modernidad, y de historia intelectual en una relación disímil con la historia nacional (xv).

En sintonía con la lectura de Delgado Aburto, propongo que la investigación de Blandón Guevara sea leída como un punto de inflexión en los estudios centroamericanos que se ocupan de la relación entre literatura y nación, debido a que en sus páginas atendemos a una confrontación crítica con el cuadro de costumbres que exponíamos, el cual ha sido construido desde la razón colonial y ha operado como rector de la recepción del espectro dariano en Nicaragua.

En ese sentido, el texto de Blandón plantea una minuciosa deconstrucción de la figura y obra de Darío, exponiendo su relación con el proyecto de la nación católica pensada a la medida del mestizaje como ideología reconciliadora de índole conservadora. Sometidos a la lupa del investigador estos discursos, que se valen del ultraje y las ínfulas coloniales para distorsionar a Darío con el propósito de legitimar los proyectos políticos de las oligarquías históricas, execran los atributos del bozal que ha caracterizado a los letrados encomendados a la próspera tarea de hacer colonia a partir de la obra dariana.

Bozal casto y puro. Correcto. Disciplinado. Al que el autor responde con un acercamiento en la línea de la arqueología filosófica, que insiste en la importancia de “juntar

las piezas del documento humano que subyace a la obra” (58) para de esta forma ahondar en la naturaleza poliédrica de Darío, y que amplía los horizontes del importante estudio de David Whisnant, donde son abordados los múltiples usos ideológicos que de Darío se han hecho en Nicaragua. Whisnant exalta que en la ardua disputa de las élites históricas por apropiarse del espectro dariano, los unos y otros han perdido de vista la realidad de las múltiples motivaciones, perspectivas, roles y voces presentes en la obra de Rubén Darío, quien, lejos de ser unitario, representa diferentes y a veces contradictorias identidades (ver Whisnant 343).

La investigación de Blandón Guevara, cuya versión anterior fue publicada bajo el título de *Discursos transversales* (2011), se inserta en la actual ola de ruptura de las propuestas post-coloniales en Centroamérica. No es ingenuo exponer que en Nicaragua dicho paradigma remite a las obras de Beltrán Morales y Carlos Martínez Rivas, autores que Blandón ha identificado como precursores de la estética post-colonial y a los que ha tratado anteriormente, ya sea desde el campo de la ficción narrativa, o como sujetos de estudio en su obra crítica. Valiéndose de esta interdisciplinariedad, *Rubén Darío, un cisne entre gavilanes* es un estudio escrito a manera de ensayo narrativo que se permite un alto vuelo poético, sin descuidar la profundidad en las reflexiones desarrolladas por el autor. Articulado en seis capítulos: “Máquinas al asedio”, “Silencios y olvidos”, “Espectador y naufrago”, “El cuerpo devorado”, “Poética del mestizaje” y “Salida del museo”, el libro establece un diálogo crítico con un pasado que se sabe mutilado por el “horizonte de expectativas” (Jauss 77) de las oligarquías históricas de Nicaragua.

Se trata de una batalla en contra del *establishment* cultural nicaragüense que, siguiendo el acertado epígrafe del poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón con que Blandón Guevara abre el estudio, ha agobiado al espectro dariano con pompas oficiales, para patearlo escrupulosamente. Actitud visible no solo en los intelectuales coetáneos a Darío sino en los custodios de la tradición empeñados en promover una versión restringida y disciplinada de la obra dariana, reducida a su componente de identidad nacional hispana. En esa línea, Delgado Aburto señala:

Este libro es de hecho un aporte fundamental a la biografía intelectual de Darío. La observación histórica de cómo ha sido interpretado el poeta nicaragüense en los círculos intelectuales nacionales tiene

la cualidad de marcar varios puntos de origen en esa recepción, todos significativos y estructuralmente integrados, pero, además, de ir más directamente al Darío histórico para evidenciar las vitales contradicciones entre sus discursos y prácticas intelectuales. (xv).

En “Máquinas al asedio” el autor establece las condiciones del contexto cultural en que emergen estos discursos que delinearon al canon literario representativo de la identidad nacional nicaragüense, amén del hispanismo católico que será explotado por la línea falangista del Movimiento de Vanguardia. Apropiándose de los planteamientos de Deleuze y Guattari, la disputa de los sectores letrados de Nicaragua por adueñarse del espectro dariano a través de lecturas parciales, “con identidades según sea la subjetividad de quien lo lea” (25), aparece orientada por la noción de máquinas deseantes en

un proceso de verdadero corte y confección en el que el retaceo, los ajustes y los silenciamientos de gran parte de su producción textual lo han hecho devenir monumento monolítico de una inmutable identidad nacional (31).

Así, nos enfrentamos con los múltiples nacimientos que Darío ha tenido a lo largo de un siglo convulso: el Darío que surgió con el Movimiento de Vanguardia, el cual Blandón vincula al tratamiento quirúrgico realizado por los intelectuales conservadores y las autoridades eclesiales que en el marco de las exequias se apropiaron física y simbólicamente del espectro dariano, sepultando los aspectos de su obra que transgredía el moderado horizonte colonial; el Darío apolítico, reducido a su dimensión de poeta parnasiano que fue institucionalizado durante el régimen de los Somoza que desde 1935 comienza a llamarlo “poeta nacional” en los textos escolares, a la vez que establece en 1947 la Orden Rubén Darío, y en 1967 despliega un estrambótico aparato de recursos para celebrar el centenario del natalicio del poeta –el mismo año en que el contra-discurso del movimiento estudiantil consigue apropiarse de la figura de Darío a partir del lema: “Año dariano sin tirano”–; el Darío liberal exaltado por los sectores menos recalcitrantes del somocismo, inferido en el discurso de René Schick, en 1966, cuando fue acogido en el seno de la Academia Nicaragüense de la Lengua, quien se refirió a Darío como un liberal de principios ajeno a toda

militancia partidista; o el del folletón, elegantísimo, que porta aquel traje de embajador –y un espadín–: me refiero al Rubén Darío prócer de la soberanía nacional articulado por Pablo Antonio Cuadra, que posteriormente sería adscrito al proyecto de nación del Frente Sandinista en su condición anti-imperial.

El autor contrapone estas lecturas con el Darío histórico, cuyos planteamientos políticos fueron silenciados por el abandono en que fue dejado el estudio de su obra periodística durante muchas décadas. Así, la radiografía permite hilar los múltiples discursos que emergieron durante el complejo proceso de transición a la modernidad en Nicaragua, proceso que asumió a Darío como un agente civilizador capaz de hacerle frente a la condición periférica que ocupa esta joven nación en el mundo capitalista.

Un aspecto memorable de esta obra es que, así como Whisnant propone la genealogía de una serie de discursos concebidos desde la ideología conservadora a partir de la lectura desacralizadora que de Darío hace Coronel Urtecho en 1927, del mismo modo Blandón Guevara propone la genealogía de una serie de lecturas rupturales que, abandonando el pastiche literario, escarba en las implicaciones políticas del pensamiento dariano. Para Blandón es el año de 1967, en el contexto de los debates ocurridos en el “Encuentro con Rubén Darío” celebrado en Varadero, junto al número de *Casa de las Américas* que recoge los documentos presentados por los participantes, lo que marca esta línea de ruptura en los estudios de la obra de Darío, pues es a partir de este momento que se comienzan a rescatar los aspectos invisibilizados de la obra periodística de Darío. En ese sentido, es notable la labor de investigación de Carlos Fonseca Amador, quien, en respuesta a las sentencias del congreso en Varadero, se dispone a desenterrar al Darío que hasta ese momento permanecía sepultado por los comedidos letrados nicaragüenses afines al régimen de los Somoza.

El segundo capítulo, “Silencios y olvidos”, ensaya en los silencios y omisiones con que se articula el proyecto moderno en la periferia. El autor problematiza el proceso de transición a la modernidad experimentado en Nicaragua y reflexiona sobre los eventos sangrientos perpetuados en pro de la civilización, como es el caso de la masacre de los indígenas de Matagalpa en 1881. El evento no es registrado en el diario de Rubén Darío, quien al ser un entusiasta del progreso occidental calla ante este suceso, situándose en el paradigma de la

dicotomía civilización-barbarie de Sarmiento que carga con una serie de exclusiones raciales, lingüísticas y culturales; sin embargo, aunque la masacre a los indígenas de Matagalpa es presentada por Blandón como uno de los puntos nodulares en el agitado tránsito a la modernidad en Nicaragua, el autor también analiza una serie de textos que brindan los elementos necesarios para inferir que el pensamiento de Darío estaba muy influenciado por la noción del “buen salvaje” de Jean Jacques Rousseau.

Por consiguiente, la verdadera innovación en materia de exponer los grandes silencios modernos radica no en la denuncia de los eventos históricos que fueron omitidos por Darío en su diario, sino en la desmitificación de la época conocida como los treinta años conservadores que, lejos de ser el soñado espacio de armonía y entendimiento que las oligarquías letradas han promovido –y promueven– en su versión amputada de la historia, en esta obra es mostrada como un periodo de conflictos que cristalizó las sangrientas maneras de “resolver el problema étnico-estatal” (110) en Nicaragua a través de la inmigración de europeos y el despliegue simultáneo de un esfuerzo de limpieza racial que pretendía “desbarbarizar” a la cultura nacional.

En el tercer capítulo titulado “Espectador y náufrago”, el autor emplea las reflexiones de Hans Blumenberg para analizar detalladamente las circunstancias del frustrado viaje de Darío a la Ciudad de México en 1910, junto a las tensiones entre Darío y el gobierno conservador que recientemente había empeñado la soberanía del país. Se plantea una relación entre la situación política de Nicaragua, sometida a la intervención estadounidense, y el declive de Darío. Es así como en este capítulo presenciamos a un Darío que es arrastrado por las turbulentas aguas agitadas por el huracán del progreso: “a veces como espectador y otras como el náufrago que sobrevive dramáticamente a los ciclones políticos y naturales de aquel quinquenio aciago” (29).

El cuarto capítulo, “El cuerpo devorado”, indaga en los ritos fúnebres del poeta modernista, tema que ya había sido tratado por Blandón en su libro *Barroco descalzo* (2003). El autor estudia el rol que juegan las exequias de Darío en el proceso de canonización de su figura; esto es, un proceso que se vale de lecturas parciales en una lógica no exenta de matices necrófilos y ansiedades culturales. Así, las intenciones del crítico apuntan a entender el

complejo entramado en que se construyeron los pilares del mito, es decir, comprender las circunstancias culturales e históricas en que emergieron estos discursos empleados en consolidar las visiones domesticadas de Darío.

En el quinto capítulo titulado “Poética del mestizaje”, se estudian distintos momentos de la obra de Pablo Antonio Cuadra, exponiendo los componentes falangistas que guían la construcción hispana de la nación propuesta por P.A.C. y reflexionando sobre la violencia epistémica que se esconde detrás de la acepción de mestizaje como suma armoniosa de culturas. Me parece profundamente relevante que Blandón se haya dispuesto a desempolvar el *Breviario Imperial* (1940) de Pablo Antonio Cuadra, obra que había sido expurgada por el mismo P.A.C. de su bibliografía y que brinda importantes pistas sobre la naturaleza del discurso mestizo-centrista/fascista que formularon los vanguardistas. Asimismo, en este capítulo, Blandón incorpora los planteamientos de Aníbal Quijano y reflexiona sobre el proceso mediante el cual los descendientes de los indígenas devienen blancos a través de la acepción de mestizaje que hemos comentado. Este blanqueamiento, sostiene el autor, es posible a través de la aprehensión de la figura del letrado (Darío), la cual funciona como un puente que elimina los vestigios de la sangre indígena y negra, en un afán civilizador.

Finalmente, justo en esa línea de tensión entre lo local y lo universal, es decir, entre la impronta modernizadora y la nostalgia por la tradición, Blandón analiza las grietas del mito en una sana restitución de la subjetividad dariana. En “Salida del museo” propone una lectura de Darío que se desentiende de la razón colonial y del horizonte falangista. Esta propuesta apunta a la superación de las categorías binarias que han mermado la comprensión de la naturaleza multifacética del espectro dariano, alejándose así del monolítico tótem de cera que se exhibe en las vitrinas del museo. A un siglo de estas exequias nos queda ese poema de José Emilio Pacheco en que leemos: “Ya podemos / perdonar a Darío”. Es la hora de las preguntas. ¿O acaso el largo cuello del cisne sometido por las garras de unos gavilanes nefastos, no simula sino la monumentalidad de un signo de interrogación?

Blandón Guevara, Erick. *Rubén Darío, un cisne entre gavilanes*. San José: Uruk, 2016. 283 pp.

Bibliografía

Blandón, Erick. *Barroco descalzo: Colonialidad, sexualidad género y raza en la construcción de la hegemonía cultural en Nicaragua*. Managua: URACCAN, 2003.

Blandón Guevara, Erick. *Discursos transversales: La recepción de Rubén Darío en Nicaragua*. Managua: Banco Central de Nicaragua, 2011.

Blumenberg, Hans. *Naufragio con espectador. Paradigma de una metáfora de la existencia*. Traducción de Jorge Vijil. Madrid: Visor, 1995.

Cuadra, Pablo Antonio. *Breviario imperial*. Madrid: Cultura Española, 1940.

Jauss, Hans Robert. “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”. *Estética de la recepción*. Peter Bürger et al. Compilación de textos y bibliografía de José Antonio Mayoral. Madrid: Arco/Libros, 1987. 59- 85.

Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”. *Anuario mariateguiano* IX.9 (1997): 113-121.

Whisnant, David. *Rascally Signs in Sacred Places. The Politics of Culture in Nicaragua*. Chapel Hill & London: The University of North Carolina Press, 1995.